La Oceanía Española.

(SUPLEMENTO)

Lunes 23 de Setiembre de 1889.

OFICIAL.

FIESTA CIVICA

(*Gaceta* de ayer).

GOBIERNO GENERAL DE FILIPINAS

Secretaría.

NEGOCIADO 4.°

Manila, 21 de Setiembre de 1889.

Con el plausible motivo de ser el dia 24 del actual, el Santo de S. A. la Serenísima Princesa de Asturias (q. D. g.) y para que sea celebrado con la solemnidad que corresponde, vengo en decretar lo siguiente:

1.o El Gobernador Civil Vice-Presidente del Excmo. Ayuntamiento publicará con la debida anticipacion, el bando de costumbre, á fin de que los vecinos de esta Capital y sus arrabales, tapicen las fachadas de sus casas y las iluminen durante la noche del expresado dia y su víspera.

2.o Por la Capitanía General y Comandancia general de Marina se dispondrá lo oportuno, con objeto de que se tributen en dicho dia los honores militares, que segun Ordenanza correspondan.

3.o Vacarán como fiesta oficial el dia 24, todas las Dependencias del Estado.

Comuníquese y publíquese.

WEYLER.

LICENCIADOS DEL EJERCITO

(*Gaceta* de ayer.)

GOBIERNO GENERAL DE FILIPINAS

Negociado 5.o

Manila, 18 de Setiembre de 1889.

En vista de que los licenciados del Ejército al solicitar el permiso de radicacion de este Gobierno General, acompañan á sus instancias escritura pública de fianza; requisito que no se exige á los extranjeros y demás españoles que desean igual gracia, por ser suficiente para los primeros que identifiquen sus personas con el correspondiente pasaporte, como previene la Ley de Extranjería de 4 de Julio de 1870, y para los segundos que un fiador firme con ellos las instancias de peticion.

Considerando que la Real órden de 11 de Enero de 1883 haciendo extensiva á estas Islas la de 18 de Mayo del 80, dispone que presenten los licenciados del Ejército que soliciten residir en estas Islas, la fianza necesaria: Vengo en disponer que para esta fianza se entienda bastante el que una persona de reconocida garantía, firme como fiador en la instancia peticionaria, evitando así á éstos el costo de la escritura é igualándolos á los indivíduos que pretenden igual gracia.

Comuníquese y publíquese.

WEYLER.

EFECTOS TIMBRADOS

(*Gaceta* de ayer.)

GOBIERNO GENERAL DE FILIPINAS

Hacienda

Manila, 21 de Setiembre de 1889.

De conformidad con lo propuesto por la Intendencia general de Hacienda, y en atencion á que en la actualidad existe en los Almacenes generales de Efectos timbrados cantidad de papel de Pagos al Estado de diferentes precios, suficiente para atender las necesidades del consumo hasta terminar el presente bienio, vengo en disponer: 1.o que se retire de la circulacion el papel de pagos al Estado que se habilitó para 25 pesos en virtud del decreto de este Gobierno General de 27 de Junio del año último, y 2.o que en Manila, á partir del dia en que se publicó este decreto en la *Gaceta oficial* y en las demás provincias del Archipiélago, desde el en que tengan conocimiento de él los Jefes Civiles y Político-Militares de las mismas, no se admita como corriente por ninguna autoridad ni dependencia del Estado papel de Pagos al Estado de 25 pesos que lleve estampado el lema de habilitacion.

Publíquese en la *Gaceta* de esta Capital y á los efectos correspondientes, vuelva á la Intendencia.

WEYLER.

NOTICIAS.

Mejoría.

El administrador de la Aduana de esta capital, D. Ricardo Fragoso, se encuentra algun tanto aliviado del mal que le tiene hace dias molesto.

Buen surtido.

Ayer mañana el vapor *Vigilante* fondeó en el muelle de San Gabriel, con gran cantidad de pescado. Es la primera expedicion que hace por la compañía de pesca organizada en esta Capital recientemente.

Numerosas personas acudieron al sitio en que se descargaba la pesca que, por cierto, inmediatamente fué vendida á buen precio.

Velada literaria.

Confirmando noticia que dimos, anuncia un colega que el nueve de Octubre próximo *La Milicia de Sto. Tomás* celebrará una velada literario-musical, en la que tomarán parte los distinguidos literatos P. Arias y P. Marin y Sres. García Collado, Romero, Aquino, Castañer, Lacalle y Sanchez, Cáraves y algun otro, además de los sócios Sres. Gutierrez, Llopis, Rocha, Castilla, Gerona, Caro, el músico Sr. Echegoyen y otros varios.

Desde luego podemos asegurar al *Comercio* que la Congregacion de Santo Tomás, sociedad constituida por aprovechados jóvenes de esta Universidad, no ha tratado de los festejos en el sentido que indica, pues al conmemorar el aniversario del nacimiento de *El Príncipe de los ingenios españoles*, considerando la escasez de sus fuerzas, ha querido realizar dicha fiesta literaria modestamente dándola solemnidad solo con el valioso apoyo de distinguidos literatos ventajosamente conocidos en esta Capital, como dejamos apuntado.

Lo seguro es que las fiestas para la inauguracion de la estátua de Benavides serán las que revistan gran magnificencia, pues además de la velada que habrá, se proyectan varios festejos; creemos que sean tan notables como las dedicadas al P. Zeferino en su promocion al capelo cardenalicio, de las que tan buen recuerdo conserva esta sociedad.

Resoluciones.

Por el Gobierno general se ha declarado que no procede acceder á lo solicitado por D. Jacobo Sauvalle, oficial 5.o de la Administracion de H. P. de Cápiz, de que se le declare secretario interino del Gobierno P. M. de las Carolinas Orientales, durante el tiempo que desempeñó aquel puesto.

Nombrando oficial 3.o del Gobierno civil de Bataan, á D. José García Sanz.

Idem alcaide de la cárcel de Surigao á Simon Rivera, cabo 1.o licenciado del ejército.

Ha desaparecido.

Ha desaparecido la epidemia colérica en isla de Negros.

Otro tanto ha sucedido en el distrito de Cápiz, donde ya no se registra hace algunos dias ninguna invasion de dicho mal.

Pasageros.

—Por el *Rómulus*, que salió anteayer tarde para Cagayan y escalas:—D. Julio Duran, ayudante de Montes; D. Florencio Corral; D. Dionisio Carbó, capitan de la Guardia civil; D. Leonardo Castaño y varios á proa.

—Por el *Gravina*, que salió anteayer tarde para Zamboanga y escalas:—D. Francisco Rapalio, teniente de navío; D. Antonio Rizo, alférez de id.; D.a Manuela Lopez é hijo; D. Sixto Terrero; D.a Lucía Delfado y varios á proa.

—Por el *Herminia*, que llegó anteayer tarde de Gubat y escalas:—D. Juan Pimentel; D. José Feito y varios á proa.

Material de enseñanza.

Por la Junta administradora de material de enseñanza, se han remitido á provincias los enseres necesarios en las escuelas de instruccion primaria.

Turcos.

El Excmo. Sr. Gobernador general, se ha servido disponer que todos los súbditos otomanos que soliciten pasaporte para ausentarse de las Islas, presenten sus instancias al Gobierno civil de esta provincia, el cual las elevará ya informadas, á este Gobierno general.

Escuela de Agricultura.

Va tomando cuerpo la idea de trasladar la Escuela de Agricultura al vecino pueblo de Malabon, para donde, segun hemos oido, marcharon ayer los profesores de la Escuela, al objeto de estudiar las condiciones del edificio y local que se destina para dicho objeto.

Sesion.

En la celebrada anteanoche por el *Casino Español*, muchos de los accionistas asistentes cedieron sus accione en beneficio de la Sociedad, luego de puestos en claro los infundados motivos de cierta tirantez de relaciones que mediaba entre la Junta Directiva y aquellos.

Hay el deseo de hacer el nuevo reglamento bajo la base de total ausencia de accionistas, y á este fin continuarán las gestiones de la Junta.

E. P. D.

Ayer de madrugada falleció la simpática Srta. D.a Balbina Estrada, hija del ex-secretario de esta Universidad D. Antonio, víctima de larga y penosa enfermedad.

Acompañamos á su atribulada familia en el sentimiento.

Enfermo.

Se halla enfermo de algun cuidado el dueño de la "Libreria del Cármen" don Manuel Aenlle, á quien deseamos alivio.

Luz eléctrica.

Hemos oido decir que se trata de instalar definitivamente ahora la luz eléctrica en el Hotel de Oriente y que solo falta ultimar tratos que se está haciendo para obtener un motor.

CORREO

ESTACION CENTRAL DE COMUNICACIONES.

Por el vapor inglés *Zafiro* que saldrá para Hong-kong y Emuy, el 24 del actual, á las cuatro de la tarde, esta Central remitirá á las dos de la misma la correspondencia que haya para dichos puntos.

Manila, 21 de Setiembre de 1889.—El Jefe de servicio, F. Gogorza.

TELEGRAMA DE MADRID.

El Comercio publica ayer el siguiente:

Madrid 20 setiembre, 3-15 t.

Mañana se la reforma de la enseñanza en esas islas han sufrido nuevo aplazamiento; se someterá al exámen del Consejo de Ministros que se celebrará al regreso de la Córte á Madrid.

Han sido nombrados:

Comandante de Marina del puerto de Iloilo el Sr. Macias.

Jefe de negociado de 3.a clase de la Administracion de Hacienda pública de Manila, don Agustin Lasquetty.

Oficial 3.o vista de la Aduana de Iloilo, el Sr. Sendez.

Juez de 1.a instancia de Mindoro, el Sr. Font. (1)

El abogado fiscal de la Audiencia de Manila señor Gomez Planas, ha sido trasladado.

(1) El posible sea este señor el actual secretario de la Audiencia de Manila D. José Jesús Font.

LA SEMANA COMERCIAL

IMPORTACION.

Dias 14 al 21 de Setiembre de 1889.

Cervesa 136 cajas; se vende la caja de 8 docenas á $ 11, $ á 16 $ segun clase.

Aguardiente (ginebra, cognac, wiski, etc.) 3260 litros.

Tejidos tupidos de algodon 307 cajas de 24 bilos á 36: no ha sufrido alteracion este artículo en los precios de plaza.

Harina extra en sacos de 22 á 23 kilgs. se vende á $ 2 y 1/2 real el saco de la marca XXX.

Patatas: el pico de las patatas blancas de China, ó por canasto se vende á $ 2'2

Productos de exportacion.

Abacá corriente... ...	$ 14	pico.
Azúcar núm. 10... ...	„ 4-7	
Café, ...	„ 28'50	
Arroz Pangasinan ...	„ 2-1½	
Coprah..	„ 2-4-10	
Concha nacar.	„ 30	

Cambios.

Sobre Lóndres á 3 m. 3-4 3/4.
„ Singapore vista á 7 % id.
„ Madrid á 15 1/3 % premio.
„ Barcelona id.

CIENCIAS Y LETRAS.

LOS GITANOS

I

Poco puede escribirse acerca de este pueblo, siempre errante, siempre proscripto, siempre perseguido, siempre excluido de las profesiones liberales y siempre aferrado á sus tradiciones y costumbres, á sus hábitos de peligrosa libertad y de fiera independencia. No hay exceso que no se les atribuya, ni vicio que no se les impute, ni crímen de que no se les acuse, ni rencor que no despierten, ni ódio que no exciten. Parecen formar una raza maldita, pero maldita por la sociedad, que la excluye de su seno, condenándola á eterna miséria y abyeccion.

Como su vida nómada y errante les impide tener patria, y como sin pátria no hay historia, la de los gitanos no se ha escrito, y solo se puede escribir deduciéndola de las disposiciones, de los decretos, de las leyes que contra ellos se han formulado en diferentes épocas. Triste historia es en verdad la que solo puede formarse con la legislacion, con los procesos, con los castigos de que ha sido objeto una raza; pero esto basta para que los hombres pensadores examinen con imparcialidad si es susceptible de progreso y de mejoramiento, ó merecedora de eterna maldicion é implacable anatema.

Juzgando á los gitanos sólo por su envilecimiento y su miseria, se les ha confundido con las tribus errantes de otros pueblos: con los *bohemios* de Francia, con los *zingari* de Italia, con los *zingeuner* de Alemania, con los *charami* de Suiza y Dinamarca, con los *gipsy* de Inglaterra, con los *tártaros* del Norte, con los *caird* de Escocia, con los *faraohnepek* (pueblo de Faraón) de Hungría, con los *heidenen* (paganos) de Holonda, con los *fante* (mendigos) de Noruega, con los *iurss* de Persia, con los *giphtoi* de Grecia, con los *cigaros* de Portugal y con los *arausi* de la Arabia. Su nombre de *gitanos*, como el antiguo de *egipcianos* ó *egiptanos* y como el inglés *gipsy*, los ha hecho suponer oriundos de *Egipto* á todos ellos y, sin embargo, el estudio de sus rasgos físicos y morales, de sus trajes, de sus viviendas, de sus aficiones y de sus costumbres, parece demostrar que no es uno mismo su orígen.

De la voz *zingaro* se han dado diferentes etimologías: procede, según unos, de *Cingo*, capitan de los del Tamerlán, 1401; según otros, del rio *Ciga*, citado por Lucano; por último, de *cinclo*, que parece ser la motacilla ó aguzanieve, ave de poca pluma, inquieta y vaga, que no tiene más nido que el ajeno, segun afirma Eliano.

En cuanto á su antigüedad, baste decir que en España los hubo desde la Edad Media y que se propagaron extraordinariamente en el siglo XVI, en que fueron cada vez más enérgicas las leyes de excepcion.

II

Los rasgos físicos de los gitanos son muy conocidos: fisonomía muy marcada, tez aceitunada, lábios gruesos, ojos vivos, negros y rasgados; cabello negro, largo y lacio; dientes muy blancos; altos, bien formados, ágiles y fuertes; expresion de soberbia, bajeza y astúcia; gesticulacion exagerada y contínua, risa áspera y desagradable, como toda risa forzada... todos los rasgos, en una palabra, de una raza que vive errante en los campos y en los montes, avezada á las inclemencias del tiempo, á los trabajos del cuerpo y á las fatigas del espíritu, y procedente, sea del que sea, de un clima abrasador.

Los rasgos morales son tambien privativos y acentuados: su primer placer es la indolencia; su mayor pasion, el lucro sin trabajo; su mejor ley de vida, lu-

char contra [illegible] en que vivaquean; su cualidad [illegible]ante, la astúcia; su norma en los tratos, la perfidia; su tendencia política, la libertad; su aspiracion social, el comunismo; su deseo más ferviente, engañar á todos y no ser engañados por ninguno. Tienen varias virtudes: fé, en sus artes secretas; esperanza, en poder realizar las maravillas de los cuentos orientales; prudencia, en los negocios de compromiso; fortaleza, en todas las adversidades; templanza, en épocas en que no son posibles los excesos. En cuanto á la caridad, la conocen para invocarla, y la justicia, para huirla. En fin, son capaces de cualquier obra de misericordia, menos la de enterrar á los muertos, que les infunden el más supersticioso terror.

III

Hasta en sus trajes, y aunque varian segun el país en que viven, hay algo peculiar que los delata al menos observador. Tal es el pañuelo atado al cuello desaliñadamente, el capote con mangas ó la manta de colores, el boton de plata en las prendas de más lujo y el gorro encarnado que llevan muchos, como en los pueblos del Mediterráneo y del Caspio. Los gitanos viejos y de autoridad usan el terciopelo negro ó azul oscuro, y los *gomosos*, en sus mayores fiestas y solemnidades, el terciopelo azul celeste con bordados en el cuello, en los bolsillos y en las costuras.—Nótese que este mismo traje, con la adicion del turbante, era el de los antiguos moros de Granada.—En cuanto á ellas, es característico el corsé negro, la saya encarnada, el zapato de hebilla, el pañuelo de colores vivos y chillones, el peine alto, etcétera, etc.; no debiendo olvidar que no son las gitanas súcias y harapientas que pululan por todas partes las que conservan la moda inalterable de su raza.

IV

De sus viviendas poco se puede decir. ¿Qué vivienda ha de tener una casta errante y vagabunda, que prefiere cualquier vida á la de los pueblos y ciudades?... Así es que su habitacion puede ser la choza, el fondo de una quebrada, el pié de los peñascos, el arco de algun puente; su cocina, unas cuantas piedras, sostén de una sartén ó una marmita; su combustible, la leña de los montes, las ramas de los árboles; su despensa, los campos, los huertos y los rebaños poco custodiados; su lecho, los aparejos de las bestias, amen de los capotes y las mantas; su semejanza, en fin, en tales *viviendas*, la de los árabes en el vivac.

V

Puede afirmarse que los gitanos son hoy, poco más ó menos, lo mismo que en 1612, en que Cervantes escribió *La Gitanilla*.

Allí, el jefe de los gitanos describe su vida y su modo de ser en unos cuantos rasgos, modelo de estilo cervantino.—"Somos—dice—señores de los campos, de los sembrados, de las selvas, de los montes, de las fuentes y de los rios... Las inclemencias del tiempo son oreos; refrigerio, las nieves; baños, la lluvia; músicas, los truenos, y hachas, los relámpagos: para nosotros, son los duros troncos colchones de blandas plumas; el cuero curtido de nuestros cuerpos nos sirve de arnés impenetrable que nos defiende; á nuestra ligereza no la impiden grillos, ni la detienen barancos, ni la contrastan paredes; á nuestro ánimo, ni le tuercen cordeles, ni le menoscaban garruchas, ni le ahogan tocas, ni le doman potros; del sí al no, ni hacemos diferencia cuando nos conviene; siempre nos preciamos más de mártires que de confesores; para nosotros, se crían las bestias de carga en los campos, y se cortan las faltriqueras en las ciudades... en la cárcel, cantamos; en el potro, callamos; trabajamos de dia y hurtamos de noche, ó, por mejor decir, avisamos que nadie viva descuidado de mirar donde pone su hacienda... Un mismo rostro hacemos al sol que al hielo, á la esterilidad que á la abundancia... Tenemos lo que queremos, pues nos contentamos con lo que tenemos..."

VI

Las aficiones y las costumbres de los gitanos son muy conocidas, y parecen vinculadas en su raza. Odian todo trabajo corporal, principalmente el agrícola, y prefieren todo tráfico susceptible de dolo y de perfidia. Su profesion favorita es la de chalán; su campo de accion, las ferias y mercados; su objeto de cambio, de compra y venta, caballerías viejas y viciosas; su gran arte, trasformarlas, merced á procedimientos que ellos se saben y se callan, en cabalgaduras gallardas y veloces, *ex vento provitas*, segun una célebre inscripcion. No tienen rival para sus tratos y contratos, en que fraternalmente se ayudan con solapadas socalinas y truhanescas artimañas. Tambien gustan de ser esquiladores, carniceros, curanderos empíricos y misteriosos quirománticos. El contrabando es igualmente otra de sus predilectas aficiones, y pecado venial que no requiere la más insignificante penitencia. La sobriedad no es en ellos una virtud penosa, habituados á las más amargas privaciones; pero la reemplazan la gula y la embriaguez, siempre que es posible. Por último, tañendo la guitarra, con sus cantares moriscos y sus danzas tradicionales, se asemejan á los pueblos próximos al Guadalquivir.

Las aficiones y costumbres parecen vinculadas en las familias. El hijo de un gitano ajusticiado se dedica desde jóven á la misma profesion que su padre y que tal vez le llevará al patíbulo. El P. del Río dice que tienen sus duques, condes y soldados... perros de caza, por costumbre de nobleza.

De sus casamientos poco puede decirse después de lo que escribió Cervantes. Dícese—y debe advertirse que no hay vicio ni delito que no se les impute, pues se les ha llegado á acusar de antropófagos;—dícese que practican la comunidad de mujeres tan acabadamente como la predicó Platón. "Entre nosotros—se le en *La Gatanilla*,—aunque hay muchos incestos, no hay ningún adulterio; y cuando le hay en la mujer propia, ó alguna bellaquería en la amiga, no vamos á la justicia á pedir castigo: nosotros somos los jueces y los verdugos de nuestras esposas y amigas: con la misma facilidad las matamos y las enterramos por las montañas y desiertos, como si fueran animales nocivos..."—Los entierros se verifican con gran pompa, acompañados de gritos y de llantos que recuerdan los de las antiguas plañideras, y seguidos de alegres banquetes. Los muertos no tienen derecho á matar á los vivos.

VII

Es indudable que la abyeccion de los gitanos ha nacido de su aislamiento y de su perpetua proscripcion.

Su nombre se ha considerado como insultante y despectivo, y aún hoy mismo conservaría acepcion de hombre de mala fé, capcioso en sus palabras, falaz en sus contratos. La misma acepcion tuvo el de *abigeos*, con que se les designaba en el derecho, y la de *quatreros*, en el antíguo español. Rechazados por la sociedad, alejados de las profesiones honestas, tildados de toda clase de vícios y de excesos, acusados de todo linaje de delitos y de crímenes, condenados á los más duros castigos y á las más infames penas, atesoraban en su corazon el mismo ódio que inspiraban á los que sólo se ocupaban de maldecirlos y castigarlos. Los legisladores y los teólogos, las Córtes y los reyes los declaraban guerra á muerte. ¿Qué había de hacer en tales condiciones una raza de salvaje independencia, enemiga de todo yugo rafractoria á toda ley?...

VIII

Ya lo hemos dicho: la historia de esa casta desgraciada está escrita en sus leyes de excepcion. Y como sería interminable citar todas las que se han dado en contra suya, bastará citar las mas importantes para confirmacion de nuestra tésis.

D. Juan I (1387). D. Enrique II (1407) y D. Juan II (1437) dieron decretos contra los "egipcios errantes, imponiendo sólo castigos de servidumbre sin compensacion."—Expulsados los moriscos que no quisieron bautizarse, convertidos los que quedaron en colonos de las mismas tierras que habian poseido, se ordenó (5 de Octubre de 1611) que los gitanos se dedicasen exclusivamente á las faenas agrícolas, bajo la proteccion de los señores, siendo como siervos suyos.—Felipe III dió (en Belem, á 28 de Junio de 1619) una real cédula en que "tiene por bien y manda salgan del reino dentro de seis meses los gitanos que andan vagando por él, y que no vuelvan *so pena de muerte*, con que los que quisieren quedarse sea en lugares de mil vecinos arriba."

Las Córtes de Madrid habian pedido (1214) se pusiera enmienda en los "hurtos, robos y muertes que hacen los gitanos que andan vagando por el reino, robando el ganado de los pobres y haciendo mil insultos; viviendo con poco temor de Dios, y sin ser cristianos más que en el nombre." El rey, en vez de decretar una ilustrada vigilancia para reprimir tales excesos, los cortó de raiz, añadiendo: "Y que por ningun caso puedan tratar en compras ni ventas de ganados mayores ni menores, lo cual hayan de guardar *so pena de muerte*, poniéndolas muy graves á las justicias que no lo ejecutaren assi." En virtud de esta cédula debieron salir muchos de España; pero debieron quedar muchos tambien, á juzgar por el gran número que hubo en Andalucía y Extremadura, que se llamaron *castellanos nuevos* en pragmáticas y leyes posteriores.—Felipe IV hizo publicar (9 de Mayo de 1633) un "Reglamento contra los gitanos," recopilando las disposiciones anteriores, proscribiendo la denominacion de gitano "como injuriosa é infamante," y prohibiéndoles hablar su lengua, habitar en los arrabales en gran número, dedicarse á ciertas profesiones, y alejarse de su domicilio.

El mismo rey dicto las más severas órdenes (11 de Julio de 1661) contra las gitanas, "mujeres errantes y sin domicilio ni profesion conocida."—Cárlos II dió una pragmática (20 de Noviembre de 1692) confirmando las anteriores, prohibiéndolos, entre otras cosas, verificar venta alguna sin la intervencion de notario ó escribano público, y condenando la infraccion con pena de *galeras*. En virtud de otra pragmática y reales cédulas, encaminadas á reformar las costumbres, evitar excesos y delitos en los caminos y en los campos, y transacciones fraudulentas en las ferias, manda á las justicias de las ciudades y villas formar en treinta dias un registro de los gitanos, de sus familias y sus bienes, vedándoles dedicarse á toda profesion que no sea la agricultura, acudir como chalanes á las ferias, usar su traje y lengua, llevar armas de fuego—bajo *pena de muerte*—etc. El Consejo de Castilla renovó la órden para perseguir las bandas errantes, y las justicias locales fueron dispensadas de recurrir á ese Consejo para la ejecucion de la pragmática.

Felipe V, los expulsó de Madrid, tolerando la permanecía de las gitanas casadas y disponiendo que se persiga por la fuerza armada y se imponga *pena de la vida* á las bandas errantes ó que se alejen de su domicilio. Posteriormente ordenó que fuesen condenados "á obras públicas y al servicio militar en América" todos los arrestados por vagamundos.

Sólo Cárlos III conoció lo duro é inhumano de tales medidas, y trató de mejorar la suerte de la casta proscripta, tratando de franquearla los caminos que la cerraba la sociedad. Y después de pedir informaciones á las provincias, dió su famosa pragmática (de 19 de Setiembre de 1783), arrostrando la opinion general, que les era contraria, y principiando por afirmar que los gitanos "no lo son orígen, ni por naturaleza, ni provienen de raiz infecta alguna." Prohibe que usen su lengua, traje y método de vida, para que puedan ser admitidos á destinos y oficios en gremios ó comunidades, señalando penas á los que no los admitan.

Concede noventa dias para que se establezcan en los pueblos que elijan, menos la corte y sitios reales, debiendo dedicarse al menos á ser jornaleros ó peones de obras; ser juzgados como vagos los que no lo hagan así; y perseguidos y presos los que vaguen por campos y despoblados. Exceptúa de las penas á los menores de diez y seis años, que deben ser separados de padres vagos, y aislados en los hospicios ó casas de enseñanza. Los reincidentes tendrán pena de la vida, sin perjuicio de derecho de asilo en los templos, cuando no proceda su extracción. Tan notable pragmática se completó con diferentes disposiciones; pero debió producir pocos resultados, pues ya no se creian los gitanos, siempre rechazados y persiguidos por la sociedad, con derecho á vivir en ella, y se vengaban despreciando las artes y las instituciones con que tan tarde se les brindaba.—En el mismo año, José II, emperador de Hungría, dió un edicto para empadronar á los *zingeuners* de aquel país, que pasaban de 400.000, y abirles las puertas de la civilización.

IX

Aún algunos de aquellos escritores que, por su carácter sacerdotal y por su sagrada misión, debieran haber sido contrapeso de tan severas medidas, las consagraban y defendian como saludables y provechosas. Puede citarse, entre otros, al doctor D. Sancho de Moncada, catedrático de Sagrada Escritura en la Universidad de Toledo, que, partiendo de que en España "no son gitanos, sino enjambres de zánganos y hombres ateos," mantiene que son muy perniciosos al país, y que deben ser presos donde se hallaren, y condenados á muerte. Para tan ortodoxo autor, los gitanos solo sirven de lo que los lobos: nigrománticos, impenitentes gentiles, contumaces, ateos; y éllas, públicas rameras comunes á toda la banda.

"Los Sumos Pontífices aconsejan á los Príncipes que quiten de entre el ganado de Dios á los lobos," y se les debe prender, porque "no hay pastor que no ponga cepos á los lobos." Se les debe dar muerte por la misma razon que las abejas la dán en abril á los zánganos, y por espías, traidores y ladrones. Por sus costumbres escandalosas y deshonestas; se deben conservar las penas de azotes, mutilacion de orejas, cautiverio y otras, porque, segun el buen teólogo, "no hay ley que obligue á criar lobillos con tan cierto daño futuro del ganado,"

X

Para que este pequeño estudio no sea completamente estéril, conviene formular algunas conclusiones.

De los rasgos fisonómicos y morales de los gitanos, de sus aficiones y costumbres, de su traje y de su lengua—la *germania*, cuyo *Vocabulario* escribió Juan Hidalgo, y que no es ya la misma lengua *franca*, ni el *argol*, ni el *caló* de nuestros dias—parece deducirse que los de España no son del mismo orígen que los *bohemios*, *zingari*, *zingeuner*, *charami*, *gipsy*, etc. Más verosimil parece que aquellos proceden de las tribus bárbaras del reino de Fez y de Marruecos, y éstos de las oriundas de los desiertos del Yémen, y comprendidas en el califato de Egipto.

No deben confundirse, pues, esas castas nómadas. Los gitanos deben proceder de las tribus árabes ó moras que vinieron de las costas de Africa á principios del siglo VIII; los bohemios, de los fugitivos del fondo del Asia, que por las estepas de la Tartaria llegaron á principios del siglo XV; los zingeuner, de Hungría y Transilvania, segun Mr. Beudant, descienden de la casta de los *sudders*, expulsados de la India por Tamerlán en 1409.

Feijóo asevera que el siglo XV llegaron á Alemania, procedentes de Egipto, para peregrinar siete años por haber sus mayores abjurado su fe y haber negado hospedaje á María, madre del Salvador, cuando huyó á Egipto. El P. Martin del Rio lo dice tambien así: *sed fabellæ sunt*, segun añade, y los cree procedentes de Esclavonia. Hoy la opinion más admitida—despues de los trabajos de Grellman, Borruw, Bataillard, Eidursi, Giber Sundt, Graffunder, Halle y otros—es ser de orígen indio, dispersos cuando la invasion de Tamerlán. Se hace ascender su número á 4 920,000, y se calcula en 50.000 el de los que hay en España.

De las leyes de excepcion, que son numerosas y crueles, se deduce que siempre fueron tenidos por infames, holgazanes, falaces, salteadores de caminos, ladrones; herejes, ateos, incestuosos... Los siglos anteriores han de acusarse ante la historia de haberlos tratado con la mayor dureza. Las penas que se les han impuesto han sido terribles: el servicio militar en América, las obras públicas, las galeras, los azotes, las mutilaciones, el patíbulo...

Ley de la historia es que los seres que la sociedad excluye de su seno, la hagan implacable guerra. Los cadáveres que el mar arroja, no quieren volve al seno del mar.

XI

Queda consignado que la historia de los gitanos no se ha escrito, ni se puede escribir, pero no así sus hechos truhanescos, que han ofrecido á la novela y al teatro vasto campo que cultivar. De entre las mil que pudieran citarse, apuntaremos dos anécdoctas.

Prendóse una dama francesa, hermosa y rica, de un apuesto mancebo que en los paseos públicos era objeto de general envidia por sus preciosas alhajas y su habilidad en la equitacion. Admitido á su intimidad, un dia enlazó sus torneados brazos al cuello de su amante, que siempre llevaba muy tapado. El la rechazó

SGCB2021

bruscamente, buscó algunos momentos un objeto que debía haber perdido y desapareció, sin que jamás se le volviera á ver. En el gabinete de la enamorada señora se halló despues una oreja de plata oxidada... El galan era un gitano, á quien habían mutilado las orejas, y el abrazo oportuno de la dama la salvó del robo que fraguaba el fingido enamorado.

El terror que á los gitanos infunden muertos tiene su orígen en una antigua tradicion. Murió en Hungría un poderoso, y su familia le hizo sepultar con todas las decoraciones y albajas favoritas. Un dia aguijoneado por la codicia, exhumó á media noche su cadáver para apoderarse de sus riquezas. Pero el muerto resucitó al vivo, que quedó muerto de terror. El caballero había sido enterrado en vida, y se dice que de entonces data el supersticioso temor que á los cadáveres tienen los gitanos, que repiten á modo de refrán: "Los vivos deben respetar á los muertos, porque los muertos matan á los vivos."

LUIS COLL.

REVISTA CIENTIFICA

UN SABIO MENOS.

Empezaremos esta *Revista* comunicando á nuestros lectores la sentida é irreparable pérdida de un sábio, de uno de esos hombres de instruccion tan vasta y tan fecunda, que deja huella perenne en los campos científicos.

Este ilustre sábio, que la muerte implacable ha arrebatado á la ciencia, es el R. P. Carbonnelle.

Sujeto por una voluntaria aceptacion al yugo de la obediencia bajo la bandera sagrada de una órden religiosa, fué cultivador diligentísimo de los humanos conocimientos.

Pero dejemos hablar á un colega español que, aunque á la ligera, hace su biografía, en donde se destacan las bellas dotes de tan preclara inteligencia.

"El R. P. Carbonnelle nació en Tournai en 1829; estudió allí y en París con igual profundidad las ciencias sagradas y las profanas, y de unas y otras fué maestro en Tournai, Calcuta y Lovaina; dirigió en la segunda de estas poblaciones un periódico científico escrito en inglés; colaboró en París á la redaccion de los *Estudios religiosos*; y después de conocer paises variados y sociedades diversas, dedicado sin descanso al estudio; cuando su espíritu había alcanzado la plenitud de un vasto desarrollo y la experiencia le hizo conocedor profundo de las corrientes que hoy dividen la opinion en los campos de las ciencias filosóficas, exactas y experimentales; fijada su residencia en Bélgica en 1871, concibió el plan de la Sociedad Científica, en cuya organizacion y desarrollo ha trabajado con entusiasmo hasta el fin de su vida. Léanse los *Anales* y la *Revista de cuestiones científicas*, que llevan la voz de esta Sociedad, y se verá cuánto es poderosa para abrir camino á la verdad la obra en que el P. Carbonnelle ha gastado su vida hasta agotarla, agrupando en ella á todos los hombres sinceramente cristianos que son á la vez obreros laboriosos de la ciencia.

Muchos trabajos publicó el P. Carbonnelle, de incontestable valor científico, desde la teoría geométrica del paralelógramo de Wath, que conserva su nombre en muchos tratados de Mecánica, y fué de los primeros estudios en que se dió á conocer, hasta el de los meteoritos y estrellas fugaces, último que ha dado á luz, en el que ha reunido interesantísimos datos y teorías novísimas sobre estos misteriosos viajeros del espacio. Entre todos ellos es preciso citar el titulado *Confines de la ciencia y de la filosofía*, en el cual discute, con la doble autoridad de sabio y de filósofo, los más elevados problemas científico-filosóficos. Trabajaba al morir en un tratado de Geometría, en que evitaba el empleo del postulado de Euclides."

Como se ve, Carbonnelle se ha elevado hasta la cúspide del humano saber, dejando en su camino una señal brillante de su paso. Merece, pues, la gratitud de los hombres, porque ha trabajado sin descanso por el progreso, en el campo más elevado en que se juntan y enlazan la verdad científica adquirida por el hombre y la verdad religiosa revelada por Dios.

Los belgas rendirán siempre su homenaje al R. P. Carbonnelle, que le debe la institucion de la *Sociedad científica de Bruselas*, que brilla como astro de primera magnitud bajo el lema que tomaron por divisa sus fundadores. "No puede haber jamás verdadero disentimiento entre la fé y la razon".

Todos sus admiradores sentirán el eterno vacío que deja Carbonnelle, y LA OCEANIA, asociándose á tan inmensa pena, eleva una plegaria al cielo por su eterno descanso.

LA ELECTRICIDAD CONTRA EL CANCER.

Una de las últimas aplicaciones de la electricidad, es la detencion del crecimiento del cáncer por medio de poderosas corrientes voltáicas.

Por este procedimiento, ha obtenido éxito muy lisonjero el doctor Parson, médico á la sazon del Hospital de mujeres de Chelsea, habiendo librado ya á muchas pacientes de una muerte segura, mediante el paso de una fuerte corriente producida por 70 elementos que den 105 volts, con una intensidad gradualmente creciente de 10 á 600 miliamperes, consistiendo la curacion en el paso de aquella á través de los tejidos, de 50 á 100 veces, por medio de agujas muy finas y perfectamente aisladas.

Método es este de tan felices resultados que debe ser puesto en práctica por todos los médicos, para arrancar víctimas á la muerte, que se hace segura, para aquellos que tienen la desgracia de hallarse cancerados.

EL PESO DEL PENSAMIENTO

La ciencia ha llegado á su colmo: ni la electricidad, ni el vapor, ni la fuerza interatómica, nada, en fin, equivale á desarrollar los árduos problemas que se han puesto en el tapete sobre el pensamiento; de éste sabíamos la velocidad que podía recorrer, no comparable nunca con la de la luz y electricidad; el pensamiento iba mas lejos; volaba. Hoy, ya es otra cosa; no contenta la ciencia con acumular números y sumar cifras para la averiguacion de su velocidad, hoy, lo pesa.

Tal es el último descubrimiento que ha conseguido el fisiólogo italiano Mosso, que á pesar de parecer imposible, ha llegado á realizar una operacion que le conduce á averiguar el peso del pensamiento, en que ha obtenido resultados muy halagüeños.

Sus experimentos son muy curiosos y demuestran el interés con que ese sábio, profesor de la Universidad de Turin, se ha dedicado á esclarecer el difícil problema de apreciar lo que un hombre puede esperar de la fuerza de la sangre para concentrar el pensamiento ó fijar su atencion.

Ha hecho construir una balanza sobre la cual descansa la cabeza de un hombre tendido. La balanza sube ó baja segun la intensidad de los pensamientos del hombre que tiene la cabeza colocada sobre ella. Cada esfuerzo de imaginacion lleva al cerebro un aumento de sangre suficiente para que baje la balanza. Un hombre dormido la hace descender segun sus ensueños ó si un ligero ruido le hace concentrar en sus fios su atencion.

Partiendo de esta teoría, el profesor Mosso ha hecho otros experimentos mas fáciles que el de la balanza.

Por ejemplo, metiendo una mano en una vasija llena de agua, el nivel de ésta sube ó baja segun la intensidad que altera la circulacion de la sangre, y alteracion que aumenta ó disminuye el volúmen de la mano.

Por la simple observacion del pulso, el profesor Mosso adivina cuando un amigo y colega suyo leía italiano ó griego, matemáticas ó historia.

DESHIELO DE LA DINAMITA.

Para evitar los accidentes desgraciados que esta operacion puede dar lugar, basta con llenar de serrin una caja que habiendo permanecido próxima al fuego, esté á la temperatura de 13 á 17 grados Reamur, (16 á 21 centigrado) para obtener un foco de calor que, aun colocado en un lugar frio conserve dias enteros el calórico suficiente para deshelar la dinamita. Por la noche se colocan en unas cajitas de cigarros los cartuchos necesarios para el siguiente dia, los que por la mañana aparecen deshelados.

Es preciso recomendar el empleo de una caja pequeña para evitar el que se extravíen los cartuchos entre las aserraduras, peligro que podría producirse con obreros negligentes.

Este procedimiento es el que ofrece mayor seguridad y comodidad en el empleo de aquella sustancia, segun los experimentos hechos por los que se dedican á la explotacion de esta materia.

OTRO INVENTO.

Un inventor francés. Courtonne, presentó en el ministerio competente una Memoria que contiene la descripcion del *Telephote*, aparato que permite ver á grande distancia, como el teléfono sirve para oir.

No es M. Courtonne el único sábio contemporáneo que ha estudiado este asunto. Edisson, para quien la elecctricidad es una esclava, ya anunció igual descubrimiento hace algun tiempo, pero necesitaba dos años aún para terminarlo.

Al sábio electricista americano se le ha adelantado esta vez el inventor francés que citamos más arriba, pues éste dará al público los resultados de sus estudios, y aún hará experiencias con el nuevo aparato en los últimos dias del presente año.

La base de este maravilloso invento consiste, segun los periódicos de donde tomamos esta noticia, en trasmitir por un alambre las vibraciones luminosas, pudiendo estenderlas indefinidamente á distancias *de cientos y miles de kilómetros y á través de todos los obstáculos.*

Como se vé, el teléfono y el *telephote* se completan, y falta únicamente quien siga aplicando la electricidad al olfato, al gusto ó al tacto, y entonces sí que vamos á estar mejor que quisiéramos, pudiendo ver, oir, oler, gustar y tocar á miles de kilómetros, aun teniendo en medio los obstáculos más insuperables, para poder admirar todas las maravillas que hay por esos mundos de Dios.

MINA DE DIAMANTES.

En uno de los periódicos de la Península, de gran circulacion por cierto, encontramos *una noticia* que, sin comentario alguno, comunicamos á nuestros abonados.

"Todo el mundo ha notado que el betun es un cuerpo negruzco azulado, sin brillo; pero que cuando se pone en los botines y se le frota con un cepillo seco, brilla radiante como un espejo. ¿Cuál es la causa de ese fenómeno tan digno de llamar la atencion?

"El diamante, como se sabe, es carbono cristalizado. El elemento que predomina en el betun es tambien carbono, La frotacion de éste por el cepillo seco produce electricidad, y ésta tiene la propiedad de cristalizar el carbono. El cuero embadurnado de betun y cepillado fuertemente se cubre, pues, de millares de diamantes microscópicos, y ellos son los que producen el lustre característico del betun.

"Hay algo en ese hecho que puede servir de consuelo á algunas personas, que si no llevan un solitario en la corbata, pueden ostentar una mina de brillantes en el lustre de sus botas!"

—Esto, lo *supondrá* el autor siempre que no sea *betun mate.*

ZEB.

Manila y Setiembre 1889.

EL TREN DE LOS SUICIDAS

No había en los Estados Unidos hombre más frío ni taciturno que Jorge Swan, maquinista del tren 5-4 de la *Atlantic and Pacific Railroad Company*. No bebía, ni fumaba, ni hablaba nunca con sus compañeros, y los momentos libres de servicio los consagraba todos á su mujer y á su hijo. Así es que cuando en cuatro dias la epidemia le arrebató á entrambos, no vaciló un segundo en tomar la resolucion de suicidarse. Este era el procedimiento más sencillo. La cosa quedó inflexiblemente resuelta en su ánimo; pero como el inmenso dolor que sentía le había trastornado el cerebro, creyó que no debía suicidarse como todo el mundo.

Cuatro días después del entierro, Swan subió á su locomotora cual si nada hubiese ocurrido. Sólo se observó que leía con asiduidad febril los periódicos y hacía frecuentes visitas á Omaha, ciudad en que vivía, y á sus alrededores.

Nadie se ocupó en averiguar el misterio de estas visitas. Si lo hubiesen seguido, no habrían tardado en saber que Swan visitaba especialmente á las personas que, según los periódicos, acababan de sufrir una gran desgracia. ¿Contaban los periódicos la ruina de una persona ó su desesperacion por alguna inesperada y profunda desgracia? Swan corría á presentarse á aquella persona, principiaba por contar su triste historia, hacía consideraciones sobre la nada de la vida, y si veía propicio el terreno, explicaba clara y llanamente el objeto de su visita.

Había decidido suicidarse y quería reunir en torno suyo á todos los desesperados de la comarca. Todos se citarían un dia dado en la estacion de Omaha, donde les aguardaría un tren especial, fletado por ellos bajo cualquier pretexto.

En el camino á 50 leguas del punto de partida, Swan se comprometía á echar el tren con todo su contenido en un hondo precipicio que conocía bien, y sobre el cual pasaba la vía por un puente que saltaría con la mayor facilidad.

El fogonero, amigo leal, se encargaría de hacer volar el puente en tiempo oportuno. De esta manera, decía Swan, todos moriremos juntos y de muerte original, digna de verdaderos americanos.

En los Estados-Unidos las ideas de esta clase encuentran siempre entusiastas.

En seis semanas Swan había reunido cuarenta y tantos partidarios. Buscó otros tantos por recomendacion, y todos le entregaron, mediante recibo, una cuota de 50 duros para los gastos del tren *buffet* que en él se instalaría. Algunos tuvieron que hacer esfuerzos desesperados para reunir los apetecidos 50 duros.

Quedó acordado que el viaje se emprendería el primer sábado del mes. Todos acudieron puntuales á la convocatoria menos uno, que había heredado á última hora y envió una carta excusándose.

Nadie sospecha nada en la estacion ni en la ciudad; todo el mundo creía que aquellos gentleman y aquellas *ladies* iban á alguna partida de campo.

Swan lo había arreglado todo de la manera más alegre y recreativa.

En el tren había náipes, periódicos, toda clase de bebidas y *champagne* en profusion; en una palabra, todo lo preciso para hacer el salto lo más divertido posible.

Swan vigilaba el embarco con el aire satisfecho de un autor que ve aplaudir su obra.

Dada la órden de salida, subió á la locomotora, y despues de decir al jefe de la estacion que recogería al fogonero en el camino, partió el tren haciendo resonar estrepitosamente las planchas de hierro giratorias y enviando al cielo su altivo y negro penacho de humo.

Mientras el tren volaba con una rapidez de 70 millas por hora, cada cual se arregló de la mejor manera para pasar el tiempo agradablemente.

Salieron á relucir las mantas, las zapatillas y las pipas. Los curiosos se pusieron á leer los periódicos, mirándose unos á otros de soslayo; una lady vieja emprendió un dibujo de crochet, y hasta los especuladores hicieron de las suyas, un comerciante compró á elevado precio á un literato muy discreto, amigo suyo, una cancion que éste acababa de componer.

Poco á poco fueron haciéndose las presentaciones, y cuando el tren subía por entre grandes peñascos las pendientes de Martory Hill, todo el mundo se conocía.

Y la verdad es que en este extraño tren había una bonita coleccion de desesperados. Swan tubo buena mano. Una docena de honrados comerciantes arruinados por la fatalidad; uno de ellos, venerable *gentleman* de patillas blancas, no había hecho bancarrota más que catorce veces en un año.

Luego había 10 ó 12 maridos engañados que habían tenido que divorciarse de sus mujeres.

Algun viudo en igual caso que Swan. Siete ú ocho ladies que habian sufrido penas de amor. Por último, cuatro inventores desgraciados. Todos de la mejor sociedad.

Entabladas las conversaciones, cada cual contó á su novel amigo sus tristezas, y mientras el tren traspasaba alegremente montes, valles y rios, se almorzó. Naturalmente, ocurrieron las consideraciones más filosóficas en este banquete *in extremis.*

A los postres se habían formado pequeños grupos, segun las mismas simpatías. Los viudos se acercaron á las bellas desconsoladas, y algunos divorciados, para matar el tiempo, se pusieron á jugar á las cartas con los banqueros quebrados.

Con el Champagne la expedicion se había puesto muy alegre. El tiempo tambien contribuía á las ideas de color de rosa, no obstante la gravedad de la situacion. No había ninguna nube en el cielo. La vía estaba bordeada en ambos lados por una frondosísima vegetacion, y el tren cruzaba por los más pintorescos y abruptos sitios de los Estados Unidos.

Así es que cuando por medio de una señal eléctrica, de antemano convenida, Swan anunció á sus viajeros que el "accidente" ocurriría antes de un cuarto de hora, el anuncio impresionó desagradablemente á todos viajeros.

Ya habían principiado por lo menos diez novelas de amor, y de seguro no habrían tardado en principiar otras.

Por un caso extraordinario, los arruinados habían ganado á los divorciados algunos centenares de miles de duros, lo cual les sacaba á flote, y les habría permitido, de continuar viviendo, dar nuevo impulso á sus negocios.

La vieja del crochet, que deseaba la muerte porque nadie había comprendido su alma, había visto á un procurador retirado lanzarla lánguidas miradas.

¡Drifo... Drifo... Drifal... El timbre eléctrico volvió á sonar. El tren se encontraba á una milla del precipicio. Triunfó el amor propio. Los viajeros doblaron las mantas, y todos de pié se pusieron á cantar el *Yunke Doodle.*

Un grito interrumpió el canto.

—*¡By God!* ¡Hemos pasado el precipicio! exclamaba un viajero que conocía el camino.

En aquel mismo instante se escuchó una detonacion. Era Swan, que viendo que su fogonero, probablemente porque se habría emborrachado, faltaba á la consigna y no hacía volar el puente, se saltaba la tapa de los sesos.

Aun á riesgo de que el carácter americano sufra grave desprestigio en el ánimo de nuestros lectores, debemos declarar que la mayor parte de los viajeros, ante aquella solucion inesperada, no pudieron reprimir un grito de entusiasmo.

La *lady* del crochet se arrojo en brazos del procurador, y en todos los rincones se estrechaban tiernamente viudos y abandonados. Los que habían ganado al juego contaban con gozo inefable sus billetes, mientras que los que habían perdido se prometían conquistar de nuevo la fortuna, lo cual de paso les hacía olvidar sus penas.

Hasta los cuatro inventores estaban satisfechos; los cuatro habían tenido á la vez en lo íntimo de su imaginacion, la idea grandiosa de vender por un precio fabuloso al *New York Herald* la narracion de aquel viaje extraordinario.

Terminaremos diciendo que el tren tuvo la cortesía de detenerse delante de una estacion, donde nuestros viajeros encontraron un buen *restaurant* para reparar sus fuerzas, y frondosos árboles, á cuya sombra enterraron el cadáver de Jorge Swan.

G. VASSY.

UN HOMBRE SERIO

Don José era un sesenton, notario jubilado, que había tenido el buen talento de hacerse rico, sin ser muy tirano en sus tarifas, al dar *fé* de alguna *esperanza* de heredero ó *caridad* de testador. Pertenecía á una infinidad de sociedades respetabilísimas, y era miembro honorario de tal cual archicofradía.

Religioso, gran moralista, y hombre de severos principios; segun el decir de su respetable ama de llaves, D.a Rosa, era todo un santo varon.

Tutor mio por muerte de mis padres, quedó administrando la fortuna que estos me dejaron; cosa que á mi me contrariaba bastante, pues efecto de la severidad de sus principios y de su honradez á carta cabal, como hombre chapado á la antigua; no comprendía, ó no quería comprender, las exigencias de la sociedad del dia, y no me permitía extralimitarme en dos duros de gastos, fuera de la renta mensual que me pasaba.

Su rijidez, no sé por qué, se me antojó á mi hiprocresía, apesar del dicho de D.a Rosa, pues si bien yo no dudaba ni un momento de su condicion de varon, en cambio dudaba y mucho de su santidad.

Veremos quien tenía razon, si doña Rosa ó yó.

—

Emma, era entonces la muchacha de moda en Madrid; era una *cocotte* del corte francés. Instruida, de talento, discreta, mujer galante, y caprichosa; y sobre todo gastadora por vicio y por mania más que por necesidad.

¿Su orijen? El de todas las *horizontales.* Había tenido el talento de prosperar, supo agradar el duque de H... y este archimillonario, la *lanzó* al mundo galante, en un rio de joyas, encajes, trenes y riquezas.

Cuando ocurrió el hecho que voy á referir, vivía en un precioso hotelito *entre cour et jardin*, (como dicen los franceses) en las inmediaciones del Hipodromo en Madrid.

Los jueves, su casa era el punto de cita de todo lo más notable en la aristocracia madrileña; allí se reunian los príncipes del ingenio, de la alta banca y de la nobleza.

Ellas, eran las mujeres galantes más *chics* de España y del extranjero.

Yo era jóven, rico y no carecía de ingenio. Yo era, uno de los concurrentes á los jueves de Emma.

Se bailaba; se cenaba bien y se bebía mejor. Despues de la cena, el whist y el bacarrat, dominaba entre la efervescencia del Champagne; las cabezas de ellas y de ellos, un poquito recargadas de alcohol, de olor á tabaco, y de perfumes sensuales; hacían que la conversacion empezase con un discreteo ingenioso y terminara con el naturalismo, de Zola ó de Lopez Bago.

Yo había sido un pretendiente á los favores de Emma; pero esta no se fijó ni en mi juventud, ni en mi talento, ni en mis riquezas y varias veces me dió unas calabazas, de *primissimo cartello.*

Sus amigos estábamos asombrados. Hacía próximamente un mes que Emma, antes tan locuela, tan ingeniosa y tan atenta para con todos nosotros, observaba una conducta tan ejemplar, que la virtud más irreprochable, no hubiera tenido nada que decir, de la aristocrática *cocotte.*

El fenómeno nos tenía asombrados á todos.

Yo, molestado por sus repetidos desaires, decidí triunfar de la tenacidad de aquel nuevo Argos de moral, y recordando el Rigoletto canté con él, la romanza del primer acto,

La constansa,
Es la tirana del core etc.

y á fuerza de machacar, un dia y otro y otro, y otro, conseguí por fin una cita de la bella, objeto de mis afanes.

—

Yo no sé si me equivoqué de dia; si mi almanaque iba mal administrado, ó si el natural deseo de ver aquella mujer tan hermosa y tan codiciada, me hizo adelantar, el dia y la hora de la cita que me dió la bella.

Ello es que fuí á casa de mi tutor D. José (1) El santo varon, á fin de pedirle 10.000 pesetas, só pretexto, de que las había perdido la noche antes en el casino. Quería llevarle á Emma, un brazalete de zafiros y brillantes, de que estaba muy encaprichada.

D. José debía estar de buen humor, pues me los dió en el acto, sin sermon de ninguna clase, cosa que me chocó.

Fuí á casa de Marzo el joyero; compré la alhaja, y me dirigí á mi casa á hacer tiempo hasta las doce de la noche, hora de la cita.

—

Llegué al hotelito; me franquearon la puerta como íntimo de la casa; entregué mi *fourrure* y mi sombrero á un criado, y como yo conocía perfectamente el interior de la casa, me encaminé directamente al *boudoir* de la hermosa.

Al llegar allí, el ruido de voces, carcajadas y oro.

Abrí la puerta de aquel paraiso, y ví... á Emma, y al moralista D. José, medio borracho, con los ojos inyectados en sangre, baboseando asquerosamente y con una sonrisa repugnante, entregar montones de oro, á Emma y sus amigas que le estafaban su dinero, alimentando con incultas, palabras y encantador y cínico *negligé* las brutales pasiones de aquel *santo varon*, en el más perfecto desórden, de la más perfecta orgía.

—

Ante aquel espectáculo, mi pasion de un momento murió con la rapidéz que muere el dia en los países de los trópicos.

Desde entonces, el santo varon y profundo moralista, baja la vista ante el calavera que él tanto sermoneaba, prueba evidente de que su conciencia le reprocha algo que no será muy correcto.

SELVA.

Manila—Setiembre—1889.

LA CASA NUEVA EN MADRID

(Monólogo de un padre de familia)

Tenía yo prevencion contra las casas nuevas, pero reconozco que había mal. Esta es alegre, preciosa, las alcobas están estucadas; hay fresquero en la cocina; el piso es de baldosin; el empapelado es lindísimo; tenemos agua dentro del cuarto y gas en la escalera... ¡Qué, si lucen aquí más los muebles y las ropas que en la casa que hemos dejado!...

Mi Sarita tiene mucha razon y ya estoy convencido de que no eran deseos meros caprichos de muchacha casadera. Aquí se puede recibir sin desdoro á los amigos, y no en el piso que hemos dejado. Esta es un primor, no como la otra, fea, vieja, destartalada, ruinosa, con aquel portal obscuro, enguijarrado, sucio, mal oliente...

¡Eso sí! Allí vivíamos en el principal, en el primer piso; en tanto que este tercero es casi, casi, sexto, por tener la finca planta baja, entresuelo y primero antes del piso principal. Pero, ¿qué hemos de hacerle? ¡No va á ser todo tortitas y pan pintado!...

¡Vamos, que estoy satisfecho en la nueva casa! Desde esta mañana, en que hemos concluido de instalarnos, no me canso de recorrer las habitaciones y de admirar el buen gusto que reina en todo, hasta en los menores detalles. Ahora que mis hijas han ido á ofrecer nueva morada á los amigos, voy á dar otro vistazo al cuarto. Ya que no hago otra cosa, me entretendré.

Las habitaciones son pequeñas, tal vez demasiado pequeñas, pero todo es cuestion de acostumbrar la vista. ¿Y para qué ha de ser mayor mi despacho? ¡Bien pueden estar aquí á sus anchas dos personas... ó tres! ¡Claro! ¡Ocupan tanto espacio los muebles!...—Lo que me carga sobre manera y va á ser motivo de algun disgusto, es la costumbre ordinaria, inconsiderada y soez de los vecinos de arriba. Sin duda es alguna niñera zafia ó alguna bestia de nodriza que quiere dormir al niño meciéndose en una silla. ¡Cuidado, qué golpes tan brutales! ¡Si temo que echen abajo el techo!...

¡Demonio! Y decia el casero que esto era una balsa de aceite... Ya sé por qué se han ido de la casa mis antecesores en el cuarto. No deben ser menos de seis los chiquillos que saltan; corren y juegan rodando el condenado carro... ¡Pues es flojo el escándalo!... Pero, qué, ¡si me parece que crujen las maderas!... ¡Huy, huy, huy! ¡Vaya, que no estoy conforme con esto!—¡Qué lástima de casa! Por una miseria que haya podido economizarse el dueño de la finca en la madera de los pisos, ha resultado un defecto tan grande. Porque esto es irresistible, irresistible... Como que hoy mismo, si Dios quiere, voy á quejarme.

¡Esta, esta habitacion sí que es linda! La verdad es que mis hijas han tenido acierto para elegir su cuarto-tocador... ¡Cosas de Sarita, cuyo buen gusto es indudable!... ¡Y cómo luce su cama! Está muy bien esto de suprimir las puertas de los dormitorios agrandando las entradas; é indudablemente es muy higiénico; hay más aire respirable, más ventilacion, más luz. ¡Muy bonito, muy bonito! Dígase lo que se quiera, donde están las casas nuevas que se quiten las antiguas.

Pero... ¿quién está hablando aquí?... ¿Qué hombre es ese?... ¿Quién le ha dejado llegar hasta el tocador de mis hijas?... No, pues... ¡Nadie! ¡No hay nadie!... Y no hay duda, la voz es de hombre... ¡A ver!... Vaya unos chicoleos. ¡Zambomba!—Eso es que la criada... ¡Ah, vamos! ¡Pobre chica!... ¡Si es en el cuarto de al lado!... ¡Sí, justo; los vecinos recién casados de quienes me habló el casero!...

¡Qué escándalo! ¡Virgen de Atocha!... ¡Anda, anda! ¡Pues, no es cosa de cuidado!...—¡Cá! ¡Imposible, de todo punto imposible!—Mañana mismo, sin falta, voy á buscar casa y nos marchamos de aquí. ¡Bonita moral iban á aprender mis hijas!... Esta noche no duerme aquí Sarita... ¡No faltaba más!...

Pero ¡esto es una vergüenza! ¿De qué demonios hecen los tabiques estos caseros del día, que se oye en un cuarto todo cuanto se hace y dice en el del vecino?...—No, pues, esta noche no la pasa aquí la mayor de mis hijas, ni ninguna, ni nadie. Cederé mi dormitorio á Sarita y yo dormiré en el despacho. No hay otro remedio. Todo se reduce á trasladar mi mesa-ministra á la cocina.—Pero, ¿y si sucede lo mismo en mi alcoba? ¡Tendrá gracia! Voy á enterarme, no sea que el diablo la enrede y salgamos de Málaga para entrar en Malagon. ¡Diablo, con los recien casados!...

Están tocando el piano en la sala de abajo... sí. ¡Valiente casa!... ¡Tiémplo de vigas! ¡Es que se mueve el piso!... ¿Cómo no se habrá hundido ya esta condenada casa de alambre y carton?... ¡Ah, las casas nuevas!... En fin, que pase esta noche, que mañana...

¡Claro!... ¡Por vida de...—¡No, no me engaño! Noche toledana.—Que duerma Sarita en el despacho y yo pasaré aquí la noche... ¡La única noche, porque mañana me mudo, no sin demandar al casero por escándalo y abuso de confianza, y pedirle daños y perjuicios!... No dormiré. ¿Qué he de dormir? Esta noche la vamos á pasar de parto la vecina de la izquierda y yo.—¡Paciente Job! Aquí te quisiera yo ver.—¡Jesús, Jesús, qué casa! Y tan contento como estaba yo de ella...

¡Muchacha! ¡Muchacha! A ver cómo trasladamos á mi despacho la cama de la señorita. Yo ayudaré á usted.—¡Sí, sí; aquí está muy bien, pero no me conviene que lo esté tanto!—Vamos, manos á la obra y no se acerque usted mucho á ese tabique.—Que por qué? Por lo que á usted no la importa.—Y mañana mudanza de casa, sí, señor... otra mudanza.—Qué?... Antes pasamos la noche en el Campo de Guardias ó en el Refugio.—¡Chit! ¡Chit! ¿Qué es eso?... ¡Silencio!...

¡Ah, sí! Que están tomando agua de la cañería en otro cuarto... Creí que estaban demoliendo la casa... ¡Lástima!—¡Es! Levante usted de ahí...—¡Llaman! Deje usted la cama y vaya á ver quién es.

¡Oh, mi casa vieja, fea, destartalada y con chinches! Al menos en tí se encuentran la paz, el sosiego y la independencia tan necesarios al hombre, y existen la honradez y la moral tan indispensables para la familia.

¿Qué dice usted?... ¿Que se quejan los vecinos de abajo por que hemos corrido un poco la cama?... Pues dígales usted que se aguanten, ó que revienten, ó que se muden, que es lo que yo voy á hacer mañana. ¡Pues hombre! ¡No piden pocas gollerías!...—No, lo que es aunque me cueste un pleito, no se ríe de mí el casero. ¡Coja usted de ahí! ¡Cuidado no se le escape á usted la cama y al caer abra un boquete en el suelo, y vayamos á parar al piso segundo, que estas casas nuevas...

PEDRO J. SOLAS.

CABEZAS BLANCAS

A MI HIJO.

No puedes acordarte de tu abuelo.
Cumplías tres años y yo treinta y dos cuando él cerró para siempre aquellos sus ojos serenos y expresivos que tantas veces, con una mirada, me dieron una bendicion ó un consejo.

Tu abuelo tenía la cabeza blanca, sus canas brillaban mucho y el cabello que sus hijos le cortamos cuando ya estaba muerto, y que es hoy nuestra más preciosa reliquia, conserva todavía aquel refulgente brillo que parecía formarle una aureola.

Cuando seas hombre verás, si Dios para velar tus pasos me conserva la vida, que ya tendré yo tambien esa nieve que tanto llama la atencion de los niños en la cabeza de los ancianos.

Al referirme á las canas de tu abuelo, nacidas en su largo destierro, cuando nos tenía lejos y soportaba con resignacion cristiana grandes penalidades en Europa, digo en unos versos que á tí y á tus hermanos he hecho aprender de memoria:

"La amarga proscripcion y la tristeza
en su alma abrieron incurable herida;
es un anciano, y lleva en su cabeza
el polvo del camino de la vida."

Adopté este símil porque lo creí el más verdadero de cuantos pueden aplicarse á las canas.

Nacen éstas, por ley natural, cuando después de haber recorrido la senda del mundo, faltan los jugos de la vida á tiempo que faltan al corazon las ilusiones y las alegrías.

Una cabeza blanca es para mí tan venerable, que no puedo menos, al verla, de sentir impulsos de tomarla entre mis manos y cubrirla de besos.

¿Sabes por qué, hijo mio? Porque era en mí santa costumbre besar en todas partes y cada vez que la tenía cerca, la veneranda cabeza de mi padre.

Mas que su ancha frente, atraían mis lábios sus canas. ¡Cuántas de ellas nacerían al calor de los pensamientos consagrados á mi porvenir, á mis combates diarios con la suerte, y últimamente, á mis secretas amarguras!

Justo era, y gratísimo, que yo ungiera con besos de amor y de veneracion aquellos blancos hilos de nieve.

Muchas veces así me curaba de mis dolencias humanas. Herido por la ingratitud, por la calumnia, por el engaño, por la envidia, ó por el ódio, iba á buscar á tu abuelo, y al besar sus cabellos blancos, me sentía consolado y reanimado.

Lo que en mí era negro, tomaba frente á sus cabellos blancura y brillo.

Eran hilos de nieve, y nada me ha comunicado más calor de vida que esos hilos.

Ningún otro beso se ha filtrado en ondas de santa fruicion hasta el fondo de mi alma...

La muerte desbarató aquella nieve acumulada en su cabeza por las brisas de la ancianidad, y no puedo, hijo mío, conformarme con no encontrarla cuando la busco.

¡Qué amarga es la orfandad en todas las edades!

Mira siempre con amor y con veneracion la cabeza de un anciano. Ha pensado mucho, se ha coronado con las agudas espinas de la experiencia y está próxima á recostarse en una almohada blanca como ella, pero dura y fría: la losa del sepúlcro.

Respeta á los ancianos: saben mucho, sufren mucho, han perdido mucho y no esperan nada.

Sábelo y compadéceme, hijo mío; hay noches en que surge de entre mis sueños una cabeza circundada por un brillante nimbo de blanca luz; quiero tomarla en mis manos y coronarla con mis besos, pero si pierde en la sombra, se retira y se vá... apenas puedo enviarle mi beso etéreo, impalpable, al través de un abismo que no se mide ni se describe.

Es tu abuelo, que se asoma en mis amarguras.

Pobre de mí, que aún quiero besar sus canas como en aquellos días en que, asido de mi brazo, daba sus últimos pasos sobre la tierra.

Hoy duerme el eterno sueño; pero está despierto en mi amor, en mi memoria y en mi corazon...

¡Hijo mío! descúbrete con devocion delante de las cabezas blancas...

Así era la de tú abuelo, así verás mi cabeza cuando seas hombre; así será la tuya cuando yo, como aquel que me dió el ser, me ausente de tu lado para no volver á verte nunca. Dios bendice al que respeta á los ancianos.

JUAN DE DIOS PEZA.

EL CABLE-ANCLA

Se han hecho en Cherburgo las pruebas del cable-ancla Pagau, á bordo del buque "Buffle", que tiene por objeto parar casi instantáneamente un buque para evitar las colisiones, lo mismo que se hace con los frenos automáticos en los ferro-carriles: en 4 segundos.

El aparato se compone de un cable, sobre el cual se han colocado á distancia tres ó cuatro paracaídas, como los que usan los aeronautas, de tela gruesa, que se abren y se cierran como un paraguas.

Estos paraguas se sumergen en el agua en el momento en que se requiere parar el buque, abriéndose solos bajo el agua, gracias á la fuerza impulsora de ésta, oponiéndose una vez abiertos una resistencia enorme que obliga á pararse el buque.

Este mismo aparato echándole solo al agua por un costado hace dar al buque una vuelta instantánea á derecha ó izquierda, segun se desee.

Con el cable-ancla se harán imposibles las colisiones y las varadas en las costas.

SGCB2021

EXPOSICION BARCELONA---1888---GRAN MEDALLA DE ORO (UNICA)

RON BACARDI

En competencia de las 17 marcas que se presentaron Extranjeras.

El BACARDI; cuyo crédito data de más de 25 años después de haber sido analizado en el *Laboratorio Químico Municipal de Madrid*, por el *Doctor D. Fausto Garagarza*, y en el Laboratorio particular del *Doctor D. Laureano Calderón y Arana*, y declarado por ambos, de una *pureza exquisita* y *libre en absoluto de materias nocivas* y *de alcohol amílico*; acaba de obtener de la *Academia Médico-Farmacéutica de Barcelona*, después de un detenido análisis, el más valioso dictámen, en el cual, firmado por los *Sres. Presidente* y *Secretario*, los *Doctores D. Nicolás Homs* y *D. Pedro Manaut*, declara, esa docta corporación que: El RON BACARDI resulta ser un producto *puro de la caña de azúcar, sin liga de ningun alcohol*; como el *vinico* y el *amilico* con los que *frecuentemente se suelen adulterar* los *mal llamados* RON, *afirmando* los mismos Doctores, que, *reconocen al* BACARDI, como producto de una elaboración *esmerada* y *de toda confianza*.

Son las mejores garantías, que puede presentar un producto al consumidor inteligente.

El BACARDI no es lo que generalmente conoce la mayoría de los que usan esas *perniciosas gotas* en los *cafés*, ni lo que, con el nombre de RON, se expende con diversas marcas extranjeras.

El BACARDI no tiene aquella *aspereza*, aquel *mal olor y peor sabor*, producidos, bien por el mosto de melazas fermentadas, bien por el empleo de diversos brebajes que forman un componente desagradable al paladar y nocivo á la salud.

El BACARDI *es puro jugo directo de la caña miel y su aroma y sabor constituyen la especialidad sin rival de nuestra casa.*

La reconocida riqueza sacarina de la caña de azúcar de nuestras Antillas, y la *exclusiva especialidad de la filtración y purificación* de la Casa BACARDI y COMPAÑIA, hacen del BACARDI la bebida predilecta de aquellos mercados.

Los fabricantes le *someten á todos los análisis*, é invitan á la ciencia médica, facilitando gustosos cuantas muestras se sirvan pedirles.

Unicos y exclusivos receptores en Filipinas J. CODINA Y C.a, venden al por mayor á $ 8-50 cajas (con 5 al 10 por 100 descuento, segun pedidos) al por menor y por cajas en los Almacenes "Los Dos Hermanos", "Villa de Burdeos", "Ciudad de Palencia" y demás de alguna importancia.

EL MINDANAO

6-ESCOLTA-6.

b

Bacalao de Noruega sin espinas.---Bacalao de Noruega con espinas.---Salchichon de Lyon muy fresco.---Salchichon de Vich.---Aceitunas Reina en cuñetes de á 1|4 arroba.

A. M. PABALAN.

ESCOLTA

Manila.

SINGER

CALLE REAL

Iloilo.

MAQUINAS PARA COSER

Garantía ilimitada.---Enseñanza gratis á domicilio.---Atenciones y reclamaciones gratis.

10 REALES SEMANALES.

especie de amistad febril, diciendo con volubilidad:

—¡Vamos, querida Juana, no llores más! Eres una buena muchacha; todo se ha olvidado ya; te compraré un vestido nuevo para los domingos y aumentaré tu salario; te quedarás siempre conmigo y tendremos una vida más alegre: te lo prometo.

La criada dió un paso hácia atrás y la miró con la boca abierta.

En su semblante se observaba que creía que su ama se había vuelto loca, pero ésta, adivinando su pensamiento, sacó dinero del bolsillo y le dijo riéndose:

—¿No me crees, Juana? Este cambio súbito te sorprende seguramente. Toma, este es el aumento prometido para el mes que viene; vive contenta y alegre, hija mia; tus penas han concluido.

Dejó á la muchacha sin saber qué pensar; salió por la puerta trasera y entró en el patio. Al pasar acarició al único perro que había quedado. El animal le lamió las manos, y manifestó complacerse con las demostraciones de su cariño. Siguió más adelante, y abrió la puerta del almacen. Dos obreros estaban ocupados en aventar el grano; habían oido abrir la puerta, y trabajaban sin siquiera levantar la cabeza, por temor á una severa reprension,

—Descansad un poco, amigos mios, dijo Mad. Pottewal. Se debe trabajar en conciencia, pero no debeis mataros. Ahora diré á la criada que os traiga un buen jarro de cerveza. Descansad un rato... ¿No habeis oido lo que os he dicho? Dejad vuestro trabajo por algunos minutos.

Los trabajadores, admirados en el más alto grado más todavía por la dulzura de su voz que por sentido de sus palabras, volvieron la cabeza y la miraron sin saber qué hacer. Se aproximó á ellos y preguntó al de más edad:

—Decidme, amigo Juan, ¿cómo está vuestro niño? ¿Está mejor el pobrecito?

—No, señora, contestó el obrero. Somos muy desgraciados; mi hija más pequeña tambien ha caido mala, y mi mujer ya no puede más. Apenas se puede tener en pié á causa de la debilidad.

—¿Teneis dos hijos emfermos? exclamó Mad. Pottewal con un acento de profunda compasion. Vuestra esposa se hallará sin fuerzas. ¿Quién cuida, pues, á esos pobres niños? ¿Va á verlos el médico? Quizás necesiten alimentos más nutritivos. Decidme la verdad, Juan.

El obrero se encogió de hombros con tristeza y dijo suspirando:

—Somos siete, señora. Gano franco y medio por dia; nos toca á cada uno un bocado de pan...

—¡Es una inhumanidad! exclamó Teresa con las lágrimas en los ojos. Pobres niños, están enfermos, necesitan medicinas, cuidados, buenos alimentos... y quizás tengan hambre. ¡Oh! esto no puede quedar así. Vamos, Juan, venid conmigo; quiero ir á vuestra casa, ver á vuestros hijos, llevarles socorros, consolar á vuestra mujer. ¡Infeliz madre, cuánto debe sufrir!

El obrero, cada vez más estupefacto, se quedó inmóvil como si no comprendiera lo que le decían. Pero Mad. Pottewal lo cogió por la mano y lo arrastró hácia la puerta que daba á la calle, diciendo:

—Venid, quiero que se curen vuestros hijos;

La campanilla de la puerta sonó.

—¡Ahí está! ¡ahí está! dijo la criada palideciendo.

—Id y abrid pronto, Juana, dijo el obrero. No la hagais esperar; quizás sería bastante para encolerizarla. No temais nada; escucharé á la puerta del patio; al más ligero grito, vuelo á socorreros.

—La criada, muy asustada, atravesó con lentitud el vestíbulo; y cuando llegó detrás de la puerta, preguntó:

—¿Quién ha llamado?

—Al oir la voz de la madre de su ama, se apresuró á abrir la puerta.

—¿Qué significa esto? preguntó riéndose Mad. Romys. ¿Tienes miedo á los ladrones en mitad del dia? ¿Con que te hallas sola en casa, Juana? ¿Ha salido mi hija? ¿No contestas? ¿Qué te sucede?

—¡Ah! señora, apenas me puedo tener en pié por causa de la inquietud y miedo que experimento. Mi ama ha ido con Juan, el obrero, á casa de este para socorrer á sus hijos enfermos y consolar á su pobre mujer.

—Pues me parece muy natural. ¿Por qué te extrañas de esto? ¡Bendito sea Dios, que le ha inspirado semejante pensamiento! dijo Mad. Romys demostrándo mucha alegría.

—¡Ah! pero la señora está mala, muy mala, tartamudeó la criada.

—¿Mala? ¿Y ha ido á visitar á los niños de Juan?

—No se, señora; no me atrevo á decirlo... sus sentidos... su cerebro...

Y se pasó la mano por la frente, exhalando un suspiro.

IV

Hacia media hora que Mad. Pottewal hacia calceta en un cuarto grande donde por lo regular pasaba triste y solitariamente sus dias. Un completo silencio reinaba á su alrededor: no se oia el menor ruido ni en la casa ni en la calle.

Mientras sus dedos pasaban maquinalmente el estambre por la aguja, su espíritu estaba muy lejos de lo que hacía, y mil distintos pensamientos se aglomeraban en su cerebro. Aun cuando su semblante expresase alternativamente el despecho, la pena y la cólera, su espíritu estaba poseido de un sentimiento de gozo obstinado, y en seguida de una profunda desanimacion. Sus facciones se despojaban á veces y demostraban una satisfaccion dudosa, como si interiormente experimentase una esperanza seductora; sus ojos brillaban y su pecho palpitaba; pero al cabo de un momento sus facciones se contraian de nuevo. En una de estas alternativas dejó caer la cabeza sobre el pecho, suspirando, y su mirada se esparció hácia lo lejos con amarga ironía.

francos sin la paz del corazon, sin el goce de la vida?

—Es cierto, Teresa, murmuró la anciana señora. Me tienes admirada; no porque yo desapruebe tu conducta, estoy muy lejos de eso. Seguramente, estoy persuadida de lo que puede en una mujer el nombre de *madre*; pero ignoraba que llegara á tener tanto poder sobre ella.

—Mad. Pottewal se quedó como distraida, en la conversacion. De pronto sus ojos brillaron:

—Mamá, ¡si fuera un niño! dijo.

—Es muy posible, hija mia.

—¡Ah! no se quedará en Darlingen; estudiará, irá á la universidad, será abogado, artista, sábio. Montará á caballo, aprenderá la música, tendrá un talento distinguido y un corazon noble. ¡Que Dios me libre de inspirarle que sea hombre de dinero y material, sin buenas cualidades morales! No, no, estará dotado de todo lo necesario para gozar de la vida y para ser útil á la humanidad.

—Es cosa extraña, murmuró la anciana señora; parece que has oido hablar á tu hermana Herminia con respecto al porvenir del pequeño Ernesto.

—¡Herminia! repuso Mad. Pottewal, ¡mi buena, mi querida hermana; cómo deseo ahora poderla estrechar entre mis brazos! Cuando vuelva mi marido le suplicaré que me acompañe mañana ó pasado á Schaerbeck, y compraré una multitud de juguetes en Bruselas para los hijos de mi hermana. ¿Extrañais esto, querida madre? La paz, el amor, deben reinar entre [illegible] madres. ¿No corre tambien la mismo san-

gre en las venas de sus hijos? Iré á decir á mi padre que nos acompañe. Es necesario que sepa la nueva luz esparcida en su familia.

—¡Tu padre! exclamó la señora mirando el reloj. ¡Ya son las tres, Dios mio! Me escapé por la puerta del jardin sin decir nada, solo para darte los buenos dias. Quizás habrá ya vuelto á casa. Me va á reñir otra vez con severidad. Quizás la buena noticia aplacará su cólera. Me marcho, pues, hija mia... ¡No me detengas, por el amor de Dios! Le pediré permiso para venir mañana á verte; entonces podremos permanecer más tiempo juntas.

Mad. Romys se levantó, dirigiéndose hácia la puerta.

—No digais nada á nadie, mamá, dijo Teresa en tono de súplica. Bien comprendereis que mi esposo no debe saber sino por mi boca la feliz noticia. Podreis decirselo á mi padre; pero le suplicareis que guarde el secreto hasta mañana, ¿no es verdad?

—Sí, sí; adios, Teresa, dijo la señora con inquietud, atravesando el vestíbulo con paso acelerado.

Su hija la miró hasta que la hubo perdido de vista en la calle; dió precipitadamente algunas órdenes á la criada y se volvió á su cuarto.

Allí se dejó caer sobre una silla junto á la mesa, y alzó los ojos al cielo como si le dirigiera alguna ferviente oracion, y despues bajó los ojos al suelo absorta en una profunda meditacion. Permaneció mucho tiempo hablando consigo misma y gozando anticipadamente la inmensa felicidad que Dios le ofrecía.

Despues de un momento de completa in-

mirarla, se marchó ó toda prisa á la concina. Pottewal cerró la puerta, cruzó los brazos sobre el pecho, se aproximó á su mujer, y le dijo con amarga ironía:

—Por fin, señora, vuestra magnífica obra está ya concluida. El hombre cuya ruina era sólo objeto de vuestra vida, se ha perdido para siempre. Las peligrosas empresas, á las cuales lo habeis empujado tan cruelmente, han dado este resultado. El caudal de mis padres, mis beneficios, vuestra dote, todo se ha perdido: ¡todo! ¡hasta el honor de mi nombre!... ¡Mirad á dondo me ha conducido vuestra perversa naturaleza... vuestras exigencias!...

Teresa se levantó y se arrojó hácia él con los brazos abiertos; su esposo retrocedió y quiso rechazrla; pero ella, fuera de sí, luchó contra sus esfuerzos, le echó los brazos al cuello y lo estrechó contra su corazon con una fuerza irresistible, murmurando con rapidéz en su oido algunas palabras.

Sorprendido y lleno de estupor, sucedió á la cólera impresa en su semblante un abatimiento profundo y una extremada desanimacion.

Su esposa, consolada por el efecto que habían producido sus palabras, desprendió los brazos del cuello de su marido y lo miró con suplicante sonrisa.

Pottewal se quedó un momento en suspenso, y despues murmuró:

—¿Es posible, Dios mio? ¿No soy todavía bastante desgraciado? ¿Por qué un nuevo tormento? En verdad, es un error; esta noticia no puede nada contra la inexorable fatalidad. ¡Es demasiado tarde! ¡Es demasiado tarde!

En vano trató Teresa de tranquilizarlo; lo

Mad. Romys palideció y miró fijamente á la criada.

—Oid, exclamó ésta. Siento que habla... ¡Ya viene, ya viene!...

Apenas habian salido estas palabras de sus labios, cuando Mad. Pottewal se presentó en el dintil de la puerta.

Un grito de gozo se le escapó cuando vió á su madre.

Sin dejarle tiempo para hablar, la cogió por el brazo y le dijo con un acento lleno de entusiasmo, mientras que la obligaba á que pasara por el vestíbulo para ir á su cuarto.

—¡Mamá, querida mamá, soy muy feliz! ¡Venid, venid; mi corazon rebosa de contento! Vais á saber una buena noticia. No os detengais; corred: este feliz secreto me abrasa los labios.

Cuando llegaron al cuarto, cerró la puerta rodeó el cuello de su madre, apróximó la boca á su oido, y le dijo muy bajo algunas palabras, que hicieron brillar el semblante de la anciana de gozo y de sorpresa.

—Y bien, ¿qué os parece?

—¡Ah! ¿Con que es cierto? exclamó la excelente señora. Ya no queda duda; serás madre. ¡Bendito sea Dios por su bondad!

Mad. Pottewal se arrojó de nuevo al cuello de su madre y la abrazó varias veces, trasportada de alegría.

Lágrimas de gozo corrían por sus mejillas; y en su emocion permanecieron un instante estrechamente abrazadas, sin tener valor de pronunciar una palabra.

Luego Mad. Romys tomó la mano de su hija y la dijo:

SGCB2021

EL ARNÉS

FABRICA DE MONTURAS Y GUARNICIONES

DE

V. JIMENO

PROVEEDOR DEL REAL PALACIO DE MALACAÑANG

Recibimos mensualmente grandes surtidos en articulos, los cuales son de las principales fabricas de España, Inglaterra, Francia y Norte de América, en:

Guarniciones limonera y tronco á la española é inglesa, á la Dumont, Tander y Violin.
Monturas de señora en veludillo bordado, gamusa, pieles chancho y de cerdo.
Idem de caballeros; á la española, inglesa, rollos, royal, carreras, y con asiento de suspension con cojinete ventilado y movible, en pieles de chancho, ante y cerdo lejítimo.
Idem con todo el equipo reglamentario para los Sres. Jefes y oficiales del ejército.
Grande y variado surtido en cabezadas de montar, españolas é inglesas, bocados jerezanos, estribos baqueros, serretas de montar y picadero, faroles carruaje, látigos de idem, montar, perreros y caza, cejaderos de cad na y cuero, falsos collares charol, sudaderos fieltro, collares y bozales para perro, bocados de tiro y montar, estribos, petrales, martingalas, baticolas, acciones de estribo, cinchas, riendas estambre de montar y tiro en varios colores, cabezadas cuadra, bolsas para montura propias para provincias, espuelas baqueras é inglesas, impermeables. corta pelos ó máquinas para esquilar, cinturones, maletas y sacos de viaje, portamantas, sombrereras cuero, polaynas, cepillos, almohazas, escobas para coches é infinidad de artículos pertenecientes al ramo los que se detallan á precios sin competencia en plaza.
En los ta leres de la casa se construyen toda clase de encargos, con prontitud y esmero bajo la direccion de persona competente.
Grandes surtidos en artículos del país con cueros adobados en el establecimiento 31

CARRIEDO 10.

En fin, aquella emocion se fué calmando; se quedó más tranquila; fijó la vista sobre sus dedos, los cuales movian con doble rapidez las agujas de hacer calceta.

De pronto, como si una fuerza invisible la hubiese herido, dió un grito ahogado y dejó caer la media en el suelo. Sin embargo, no se levantó; al contrario, se inclinó hácia adelante y colocó las manos sobre el corazon como para comprimir sus violentos latidos. Contuvo la respiracion y se quedó inmóvil como si reuniese todas sus facultades para escuchar un ruido misterioso. Un segundo choque la conmovió más distintamente. Se puso en pié dando un grito, y, fuera de si de alegría, alzó los brazos en accion de súplica; su semblante se iluminó con una súbita luz; una inmensa gratitud brilló en sus ojos y estaba admirable, llena de orgullo y triunfante, cuando exclamó con voz temblorosa:

—¡Oh! ¡Bendito seais Dios mio! ¡Habeis tenido piedad de mí! ¡Gracias, gracias, por este inmenso beneficio! ¡Madre, seré madre! Sí, sí, llegaré á ser madre, felicidad sin límites, encanto celestial sobre la tierra... Mis ojos se extravian... ¿Sería acaso un sueño?

Y corría con una agitacion y con una especie de locura de un extremo á otro del cuarto; hacia extraños ademanes, como si quisiera hacer comprender á las paredes y á los muebles lo que causaba su turbacion; se detuvo de pronto en medio de la habitacion, y murmuró con pavor:

—¿Será posible? ¿No me habré dejado arrastrar por una esperanza engañosa?

—No, no, es cierto. Dios ha permitido que

dado eso de pronto?

—Tan de pronto como se dá un martillazo. Estaba en el cuarto que tiene vistas á las calle y la oia hablar alto, sin poder distinguir lo que decia. De pronto exclamó: ¡Madre, madre, madre! Lo mismo que una persona que está muy contenta. No me atreví á ir á su cuarto; pero ella vino poco despues á donde yo estaba; me apretó la mano afectuosamente, me dirigió palabras muy cariñosas y me regaló algunas monedas. Sin embargo, sus ojos parecian centellas y me causaba miedo.

El obrero reflexionó un poco y repuso:

—La verdad es que hace como dos semanas que tiene modales más suaves. Tambien la he visto hace algunos dias acariciar á la niña del panadero, y esto me extrañó en extremo.

Sí, ahora que me decís eso, Jacobo, recuerdo haber notado tambien en ella alguna cosa extraordinaria y que no estaba lo mismo que siempre. Tan pronto la encontraba contenta, tan pronto enfadada, sin ningun motivo. Hoy al medio dia me ha reñido, pero con tanta dureza, que me ha llevado llorando media hora por lo ménos... ¿Qué es lo que irá á pasar, Jacobo?

—Que la llevará á una casa de locos, Juana.

—Hasta que se cure, ¿no es eso?

—Personas tan orgullosas y tan malas no se curan, Juana. Podeis tener la seguridad; pues me parece que todo se ha concluido para ella. ¡Quién sabe si se pondrá furiosa hasta el punto de tener que atarla!

—¡Cielos me haceis temblar, Jacobo. Yo, que siempre estoy sola con ella...

quiero que vuestra mujer sea feliz. Habeis servido con lealtad á mi marido y á su padre durante veinticinco años; os recompensaré; quiero protejer á vuestros hijos y arrojar la miseria de vuestra casa. Confiad en Dios, Juan, venid, venid.

Entónces desapareció por la calle con el anciano obrero.

El otro los siguió con la vista y permaneció un instante inmóvil y con la mirada fija en el espacio. Entonces levantó las manos murmurando en voz baja palabras de duda y de admiracion.

La criada entró en el almacen y preguntó con tono misterioso:

—¿Habéis visto á la señora, Jacobo? ¿Dónde está?

—Ha salido con Juan para ir á su casa á visitar á sus hijos y consolar á su mujer, contestó el obrero.

—¿Qué pensais de todo esto, Jacobo?

—No me atrevo á decirlo.

—¡Pobre señora! ¿Si se habrá vuelto loca?

—Se ha marchado de veras.

—Qué desgracia tan horrible! ¿No es verdad?

—Para ella es, ciertamente, una desgracia; pero para los demás... Por ejemplo, para M. Pottewal... ¿Quién sabe si este excelente hombre pueda de este modo esperar algun descanso en sus últimos dias?

—¿Habeis notado, Jacobo, lo extraña que era su mirada?

—No, al contrario; he creido durante un momento que nos iba á dar un abrazo, segun lo afectuosa que estaba. Pero, Juana, ¿le ha

me fuera anunciada mi felicidad. No me queda duda seré madre... madre, madre, madre.

Repitió durante mucho tiempo esta palabra, y siempre con creciente exaltacion.

—¡Que venga ahora! exclamó. ¡Con qué cariño lo recibiré! ¡Con qué expresion le demostraré mi alegría! ¡Cómo lo estrecharé en mis brazos á él, el padre de mis hijos!

Se dejó caer en la primera silla que estaba junto á ella y respiró como si estuviera muy cansada.

—No volverá todavía, murmuró; falta una hora por lo ménos, un siglo de esperar cruelmente. ¡Ay! este pobre Pottewal va á ignorar tanto tiempo su felicidad.

Precipitada por una febril impaciencia; se dirigió hácia la ventana, miró á la calle y en direccion al paseo de la ciudad; despues volvió á cerrar la ventana y exclamó con una expresion extraña de admiracion en el semblante:

—¡Dios mio! ¿qué es lo que pasa en mi interior? ¿Cuál es la luz que brilla delante de mis ojos? Porque ahora todo me parece hermoso, espléndido, brillante y con un resplandor desconocido. ¿Por qué mi alma quiere abrazar toda la naturaleza, como si el mundo fuese pequeño para mi amor? ¡Ah, seré madre! Mi hijo vivirá en este mundo... Y yo he podido ser mala. No hace todavía mucho tiempo que hice llorar á la pobre criada...

Al decir estas palabras, salió y corrió á la cocina. La pobre muchacha, consternada, se afligia por su mala suerte, y se apresuró á levantarse, temblando, al ver aparecer á su señora; pero ésta le cogió las manos y los estrechó con una

—Sentémonos, hija mia, sentémonos. No debes agitarte tanto: es una imprudencia; procura dominarte y tener calma; de lo contrario, podrías hacerte mucho daño.

—¿Hacerme daño, madre mia? ¿El gozo puede perjudicar á nadie?

—Todos los movimientos apasionados del corazon son perjudiciales, Teresa; lo mismo el exceso de gozo que el de dolor. Procura, pues, sobreponerte á tu emocion.

Mad. Pottewal, llamada á cumplir un nuevo deber, tomó una silla y contestó con una calma sorprendente:

—Teneis razon, querida madre; permaneceré tranquila y seré dueña de mí misma. Decidme algo; habladme de otra cosa para que yo pueda olvidar un instante mi felicidad.

—¡Qué contento se pondrá el excelente Pottewal con esta noticia! murmuró la anciana señora. Estaba muy resentido contigo, Teresa; pero esto le hará cambiar de modo de pensar. Demuéstrale tambien un poco más de cariño; no te dejes arrastrar por tu carácter; no olvides que es el padre de tu hijo.

—¡Cielo! ¿qué decis, mamá? exclamó Teresa. Pero yo debo permanecer en calma y hablar tranquilamente. ¿Demostrarle cariño á Pottewal, mi esposo? ¡Ah, si ansío participarle la feliz noticia! En cuanto venga, le pediré perdon de rodillas por todo el mal que le he causado; lo abrazaré con amor; le estrecharé la mano con gratitud y procuraré hacer que su vida sea feliz por mi afecto, mi sumision y mi respeto hácia él.

Mad. Romys miró á su hija con admiracion; recordó los tristes presagios de Juana.

las fuerzas de su alma se habian concentrado en un solo pensamiento... Ni siquiera sintió que la puerta de la casa se habia abierto, y sólo volvió en sí cuando oyó resonar en su oido una especie de gruñido ronco.

Su marido estaba delante de ella con una sonrisa amarga y burlona, con las mejillas pálidas, los cabellos en desórden, y los dientes apretados. Su aspecto era espantoso y parecia querer aterrar á su mujer con su acusadora mirada.

Mad Pottewal exhaló un penetrante grito, se levantó sobresaltada y le alargó los brazos como para rodear su cuello; pero él, amenazándola con los puños cerrados, dijo con tono sombrío:

—¡Atrás, venenosa serpiente! ¡Ah! ¿pretendes abrazar á tu víctima, ahora y en el momento en que sucumbre? ¡Mujer falsa, hipócrita, atrás, atrás! Oye la noticia de tu triunfo. Es la última vez que te regocijarás con mis penas.

La pobre mujer alzó hácia su marido sus temblorosas manos y tartamudeó con acento ininteligible mil súplicas entre las cuales la palabra *madre* fué repetida varias veces; pero el semblante contraido de su marido, el odio que rebosaba de sus lábios, y la cólera que brillaba en sus ojos centelleantes, la sobrecogieron de tal espanto y terror, que no pudo sostenerse y cayó sobre una silla desde la cual miró con aire temoroso al que creía atacado de una enajenacion mental.

La criada se presentó en la puerta; pero Pottewal le hizo una seña tan amenazadora con el dedo, que Juana espantada por su modo de

movilidad, se levantó, dirigiéndose rápidamente hácia una cómoda que estaba embutida en la pared en un rincon del cuarto. Sacó de ella varias piezas de tela, las estuvo mirando, escogió el lienzo más fino y lo extendió sobre la mesa.

Lo contempló durante mucho tiempo en silencio, preguntándose á sí misma lo que podría hacer con él. Despues se puso á doblar la tela en dos ó tres dobleces como para calcular la medida y las dimensiones de un objeto. Por último, cogió las tijeras, cortó en todos sentidos, hasta que hubo recortado una cantidad de pedazos grandes y pequeños. Trabajaba con mucha precipitacion; las tijeras temblaban entre sus manos, y de su palpitante pecho se escapaba un ruido sordo que demostraba una gran agitacion.

Por último, hizo sitio sobre la mesa y colocó los pedazos de tela uno sobre otro. A medida que adelantaba en esta operacion y que las telas adquirian una forma distinta, una emocion todavía más fuerte parecia apoderarse de Mad. Pottewal... Cuando todo estuvo arreglado, se echó hácia atrás dando un grito de admiracion, y fijó sus ojos sobre su obra. Lo que había hecho, ó más bien lo que había trazado sobre la mesa con los pedazos de tela, era un traje de niño, y se podía ver con la imaginacion hasta los brazos de la criaturita.

Mad. Pottewal, enajenada, se quedó inmóvil con las manos juntas, absorta en la contemplacion de aquel vestido que le descubria todo un horizontes de felicidad maternal.

Se habia olvidado del mundo entero; todas

y movió la cabeza con aire compasivo. Teresa penetró su pensamiento, y dijo conteniendo su agitacion;

—Mi lenguaje os admira, ¿no es verdad, mamá? Lo mismo me sucede á mí; procuro explicarme el enigma de este cambio radical en mi naturaleza. ¿Será cierto que el nombre de *madre* basta para hacer brotar un manantial fecundo de amor y de bondad en el corazon de una mujer? Sí, así debe ser; desde que Dios me ha revelado mi nuevo estado y la mision que tengo que cumplir, todo, los hombres, las cosas, cuanto veo, me parece bien; quisiera que todo el mundo fuera tan feliz como soy yo.

—¡Qué feliz me haces, Teresa! dijo Mad. Romys estrechando las manos de su hija. Sabia muy bien que en el fondo de tu corazon se ocultaban la generosidad y el cariño. Quizás Pottewal se dará ahora el parabien por un matrimonio que lo ha hecho tan desgraciado hasta aquí.

—¡Qué culpable he sido yo para con él! dijo Teresa suspirando. Le he obligado á emprender negocios arriesgados, he turbado su espíritu, he llenado su alma de inquietud; en una palabra, ha pasado una vida amarga por mi sed de riquezas y de dinero. Ahora seré rica y él tendrá reposo; su casa no le será odiosa, él mandará y será el jefe de su familia; yo, la madre de sus hijos; obedeceré contenta, con mi inalterable amor.

—Sin embargo, sus negocios van muy bien ahora, Teresa. ¿No ha ganado cien mil francos hace poco tiempo?

—Pero, mamá, ¿qué vienen á ser cien mil

SGCB2021